

instante que jugamos nuestras fortunas.

—Ne lo olvidaré.

Duradin se despidió, muy complacido de haber encontrado una auxiliar bajo mil aspectos apreciable.

Apenas salió Duradin cuando Teresa se sentó en el mismo sillón que aquel había ocupado poco antes, y apoyándose su puntiaguda barba en una esquina de la mesa, fijó sus ojos redondos en aquellas brillantes monedas que la había entregado el francés. Su meditación era profunda y saboreaba lentamente todos los goces de un avaro en presencia de su tesoro. Dos largas horas invirtió en éstasis tan delicioso, pero recordándole aquel dinero la obligación que había contraído, se levantó con sentimiento, cogió un pliego de papel blanco, y las envolvió cuidadosamente después de haberlas besado una á una con un cariño maternal. Llevada á término por fin esta operación importante, se fué á un extremo de la sala, levantó un pico de la estera, luego un ladrillo, sacó una gran lata cerrada, la abrió y depositó en ella los napoleones de Murat. La lata volvió á su escondite, el ladrillo ocupó su sitio, y la estera cubrió de nuevo el *santa sanctorum* de la vieja.

Desembarazada Teresa de este gran peso, que el dinero dura carga es para el avaro,

tomó su mantilla , una baraja y se fué en busca de Dolores.

En su casa se hallaba esta , y en un aposento mas notable por su buen órden y su aseo, que por la riqueza de sus muebles : sin embargo , estaba muy lejos de inspirar aquella repugnancia que lleva consigo la miseria. Dolores estaba sentada , con una mano en la mejilla y sus ojos negros bañados con algunas lágrimas recientes. La vieja se entró de puntilla y posó su mano descarnada sobre la espalda de la jóven , diciéndola.

—Lloras , Dolores , y en cierto modo con razon.

Dolores alzó la cabeza, fijó una mirada penetrante en el rostro de su interlocutora , y la dijo.

—¿ Tambien sabe V. el motivo de mis pesares? —

—Sí , Dolores : lloras por Manuel.

—Tiene V. razon ; por él lloro. Nos separamos ayer tarde y no he vuelto á verle.

—Lo sé.

—¿ V. lo sabe?

—Sí, Dolores. ¿ Cuándo hemos echado las cartas te he engañado alguna vez?

—Jamás. Y si ahora tuviera dinero suplicaria á V. que las echase , pero no tengo ni un ochavo.

—No importa , Dolores , no importa. Una parroquiana como tú no ha de quedar desconsolada ; porque soy muy agradecida.

La vieja se acercó á una mesa, acompañada de Dolores , sacó la mugrienta baraja, la barajó repetidas veces , dió tres golpecitos sobre ella y empezó á murmurar entre dientes unas palabras cabalíticas.

—¿Quién soy yo ? preguntó Dolores.

—La sota de copas.

—¿Y él?

—El rey de copas , como sabes , y el caballo su pensamiento.

La jóven puso una religiosa atencion y Teresa dividió la baraja en cinco montones iguales. Despues de hecha esta operacion empezó á recoger las cartas é interpretándolas segun el palo y el número dijo.

—Manuel emprende un camino muy deprimado y lleva fijo el pensamiento en una muger jóven y hermosa , pero esa muger no eres tú. Cansado de andar llega á una casa , en la que le espera la muger , y se abrazan con alegría. Tú entre tanto lloras solitaria , abandonada á tus pesares , los que aumenta una muger anciana revelándote la verdad.

Dolores guardaba un silencio , interrumpido solamente por su respiracion afanosa y los crugidos de sus dientes que choca-

ban entre sí: la vieja prosiguió diciendo.

—Ahora voy á hacer la culebra.

En efecto colocó los naipes de modo que semejabán una sierpe, y empezó á cogerlos también de una manera singular y le dió el mismo resultado. Despues las dividió en tres montones y siempre dijeron lo mismo.

Teresa conocía muy bien los sufrimientos de la jóven, pero con horrible sangre fria clavaba el puñal en sus entrañas: Dolores procuraba ahogar sus suspiros para escuchar bien á la vieja, pero pupilas inflamadas y la pulsacion de sus arterias revelaban enteramente el combate de su interior. Teresa recogió los naipes y la jóven le preguntó.

—¿Cuánto acaba V. de decirme es la verdad?

—Sin duda alguna.

—¿En dónde vive esa muger?

—No alcanza mi ciencia á saberlo.

—Su nombre?

—Tampoco lo sé.

—Qué vale entonces esa ciencia. Pero si no quiere V. decirmelo por que no tengo con que pagarla, venderé todos mis vestidos, mis muebles, mi vida también y la salvacion de mi alma. Necesito saber, señora, quién es esa muger, quiero verla, quiero hablarla: quie-

ro.... beber su sangre y arrancarla con mis manos el corazon.

—Aunque me dieras todo el oro que hay en el Perú, Dolores, no podrian decirte mis labios lo que mi ciencia deja oculto, pero para menguar tus dolores voy á echarte otra vez las cartas con motivo muy diferente.

La vieja barajó los naipes, les dió tres golpes, y despues fué formando una rueda, compuesta de treinta y siete naipes boca abajo colocando tres en su centro boca arriba. Dolores guardaba silencio y la vieja dijo.

—Manuel sigue amando á su nueva dama; tú lloras su infelicidad, un hombre que manda á muchos hombres y tiene alto rango en la milicia te ve y se enamora de tí: acosado de su pasion viene á visitarte, te habla de sus penas y sus amores: te dá mucho oro y tienes que amarle por fin.

—¡Mentira! ¡mentira! exclamó la jóven en loco arrebato.

—Las cartas no mienten, Dolores.

—¿Amar yo á otro hombre que á Manuel?

—Sucederá sin duda alguna, y antes de responderme airada oye la espresion del oráculo. «El gran duque de Berg ha llegado, te ha visto y gustado de tí, como tú misma me dijiste: el gran duque de Berg vendrá á

verte, te ofrecerá montes de oro y tú cederás.»

—Nunca, nunca.

—Se cumplirá lo que está escrito.

La vieja no juzgó prudente insistir mas por el momento, recogió de nuevo la baraja, y dejó á Dolores sumida en tristísimos pensamientos.



---

---

## CAPITULO V.

---

### Las dos reinas.

Antes de proseguir nuestra historia vamos á retroceder tres dias, y á presenciar una alianza que tuvo lugar en Aranjuez.

María Luisa, reina de Etruria, estaba sola en su gabinete melancólica y pensativa. Razon tenia para meditar y debian ser sus pensamientos desconsoladores y amargos. La política de Napoleon habia despojado á su hijo del hermoso reino de Etruria, con el especioso pretexto de un tratado hecho en Fontainebleau á 17 de octubre de 1807 entre SS. MM. el emperador de los franceses y el rey de España, representados por el general de division Miguel

Duroc, mariscal del palacio, y por D. Eugenio Izquierdo, consejero de estado y de guerra del rey de España. Pero por el mismo tratado se recompensaba al rey de Etruria trasladándolo á un nuevo reino que debia regir y poseer bajo el protectorado de la España. (1) Este tratado muy hábilmente concebido y mañosamente dispuesto por el emperador de los franceses

(1) *Tratado secreto entre el rey de España y el emperador de los franceses, relativo á la suerte futura del Portugal.*

«Napoleon emperador de los franceses etc. Habiendo visto y examinado el tratado concluido, arreglado y firmado en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807 por el general de division Miguel Duroc, gran mariscal de nuestro palacio etc., en virtud de los plenos poderes que le hemos conferido á este efecto, con don Eugenio Izquierdo, consejero honorario de estado y de guerra de S. M. el rey de España, igualmente autorizado con plenos poderes de su soberano, de cuyo tratado es el tenor como sigue.

«S. M. el emperador de los franceses y S. M. el rey de España queriendo arreglar de común acuerdo los intereses de los dos estados, y determinar la suerte futura de Portugal de un modo que concilie la política de los dos paises, han nombrado por sus ministros plenipotenciarios, á saber: S. M. el emperador de los franceses al general Duroc, y S. M. el rey de España á D. Eugenio Izquierdo, los cuales despues de haber cangeado sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue.

1.º La provincia de Entre-Duero y Miño con la ciudad de Oporto se dará en toda propiedad y soberanía á S. M. el rey de Etruria con el titulo de rey de Lusitania septentrional.

2.º La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes se darán en toda propiedad y soberanía al principe de la Paz, para que las disfrute con el titulo de principe de los Algarbes.

3.º Las provincias de Beira, Tras-os-Montes la Estremadura portuguesa, quedarán en depósito hasta la paz general para disponer de ellas segun las circunstancias, y conforme á lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.

privó á los Borbones de Parma, del reino de Etruria sin darles el nuevo de la Lusitania septentrional. Napoleon desplegó en él una

4.º El reino de la Lusitania septentrional será poseído por los descendientes de S. M. el rey de Etruria hereditariamente, y siguiendo las leyes que están en uso en la familia reinante de S. M. el rey de España.

5.º El principado de los Algarbes será poseído por los descendientes del príncipe de la Paz hereditariamente, siguiendo las reglas del artículo anterior.

6.º En defecto de descendientes ó herederos legítimos del rey de la Lusitania septentrional, ó del príncipe de los Algarbes, estos países se darán por investidura por S. M. el rey de España, sin que jamas puedan ser reunidos bajo una misma cabeza, ó á la corona de España.

7.º El reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes reconocerán por protector á S. M. el rey de España, y en ningún caso los soberanos de estos países podrán hacer ni la paz ni la guerra sin su consentimiento.

8.º En el caso de que las provincias de Beira, Tras-os-Montes y la Estremadura portuguesa tenidas en secuestre fuesen devueltas á la paz general á la casa de Braganza en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los ingleses han conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias tendria con respecto á S. M. el rey de España los mismos vinculos que el rey de la Lusitania septentrional y el príncipe de los Algarbes, y serán poseidas por aquel bajo las mismas condiciones.

9.º S. M. el rey de Etruria cede en toda propiedad y soberanía el reino de Etruria á S. M. el emperador de los franceses.

10. Cuando se efectue la ocupacion definitiva de las provincias de Portugal, los diferentes príncipes que deben poseerlas, nombrarán de acuerdo comisarios para fijar sus límites naturales.

11. S. M. el emperador de los franceses salegarante á S. M. el rey de España de la posesion de sus estados del continente de Europa situados al medio día de los Pirineos.

12. S. M. el emperador de los franceses se obliga á reconocer á S. M. el rey de España como emperador de las dos Américas, cuando todo esté preparado para que S. M. pueda tomar este título, lo que podrá ser, ó bien á la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años.

política rastrera, engañó con fastuosas promesas al débil y anciano Cárlos IV, especuló con la ambicion del poco cauto príncipe de la Paz,

13. Las dos altas partes contratantes se entenderán para hacer un repartimiento igual de las islas, colonias y otras propiedades ultramarinas del Portugal.

14. El presente tratado quedará secreto, será ratificado, y las ratificaciones serán canjeadas en Madrid veinte dias á mas tardar despues del dia en que se ha firmado.

Fecha en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807.—Duroc—Izquierdo.»

Hemos aprobado y aprobamos el precedente tratado en todos y en cada uno de los artículos contenidos en él; declaramos que está aceptado, ratificado y confirmado, y prometemos que será observado inviolablemente. En fé de lo cual hemos dado la presente firmada de nuestra mano, refrendada y sellada con nuestro sello imperial en Fontainebleau á 29 de octubre de 1807.—Firmado.—Napoleon.—El ministro de relaciones exteriores.—Champagny.—Por el emperador, el ministro secretario de estado—Hugo Maret.

*Convencion aneja al tratado anterior, aprobada y ratificada en los mismos términos.*

Art. 1.º Un cuerpo de tropas imperiales francesas de 25,000 hombres de infanteria y 3,000 de caballeria entrará en España y marchará en derechura á Lisboa: se reunirá á este cuerpo otro de 8,000 hombres de infanteria y 3,000 de caballeria de tropas españolas con 50 piezas de artilleria.

2.º Al mismo tiempo una division de tropas españolas de 10,000 hombres tomará posesion de las provincias de Entre-Duero y Miño y de la ciudad de Oporto; y otra division de 6,000 hombres compuesta igualmente de tropas españolas tomará posesion de la provincia del Alentejo y del reino de los Algarbes.

3.º Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España y sus sueldos pagados por la Francia durante todo el tiempo de su tránsito por España.

4.º Desde el momento que las tropas combinadas hayan entrado en Portugal, las provincias de Beira, Tras-os-Montes y la Estremadura portuguesa (que deben quedar secuestradas) serán administradas por el general comandante de las tropas francesas, y las contribuciones que se les impondrán quedarán á beneficio

y variando los medios que habia usado para enseñorearse de varios cantones de Europa, presentó al rey de España un dogal para que ahogase con él á su familia ciñéndoselo despues él mismo, y el jóven rey de Etruria fué la primer víctima del amaño. Sin el tratado de Fontainebleau, y particularmente el anejo, que abria las fronteras de España á los ejércitos franceses, las legiones de Bonaparte no hubieran atravesado fácilmente las fragosidades del Pirineo sin encontrar el Roncesvalles, que tan fatal fué en siglos remotos á las huestes de Cárlo Magno: y si se hubiera presentado al-tivo, á guisa de conquistador, ante los descen-

de la Francia. Las provincias que deben formar el reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes serán administradas y gobernadas por los generales comandantes de las divisiones españolas que entrarán en ellas, y las contribuciones que se les impondrán quedarán á beneficio de la España.

5.º El cuerpo del centro estará bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y á él estarán sometidas las tropas españolas que se reunan á aquellas: sin embargo si el rey de España ó el príncipe de la Paz juzgaren conveniente trasladarse á este cuerpo de ejército, el general comandante de las tropas francesas y estas mismas estarán bajo sus órdenes.

6.º Un nuevo cuerpo de 40,000 hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona á mas tardar el 20 de noviembre próximo, para estar pronto á entrar en España para transferirse á Portugal en el caso de que los ingleses enviasen refuerzos y amenazasen atacarlo. Este nuevo cuerpo no entrará sin embargo en España hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo á este efecto.

7.º La presente convencion será ratificada etc.

*Toreno.* Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, apéndice al libro primero. Páginas 7, 8, 9, 10 y 11.

dientes de Pelayo, el grito de santa independencia, dado EL DOS DE MAYO en Madrid y repetido en toda España, hubiera resonado antes, haciendo latir los corazones de los castellanos briosos y estremeciendo las cenizas de nuestros antiguos guerreros.

La reina de Etruria meditaba, y como hemos dicho con razon: su mano estrechaba una carta que habia recibido momentos antes, y se reanimaban sus facciones á la vista de aquel papel, lo abrió de nuevo, lo leyó, y dijo entre sí.

Soy madre, soy madre, y debo hacer todo lo que pueda en beneficio de mi hijo. Han arrancado de su frente una corona, bien lo veo, procuremos ceñirle otra, pues el peso de la corona no abate la frente de un rey. Mi hijo tenia un trono y un pueblo, de uno y otro lo han despojado: y mi padre, ó mas bien Godoy, firmó la sentencia de muerte contra los Borbones de Parma. Bien merece mi padre que un hijo le haya arrojado de su trono puesto que él arrojó á su nieto: bien merece Godoy su desgracia por haber sido un vil juguete en manos de Napoleon. Si Fernando pudiera darme un reino yo le daría en pago esta carta, que podia afirmarle la corona ó hacérsela perder con honor: pero

Fernando, como todos, dobla su cuello bajo la espada del emperador de los franceses. Teniendo propicio á Murat y prestándole grandes servicios quizás influya en mi favor; quizás haga al fin que se dé á mi hijo el reino de la Lusitania septentrional. No, todo el tratado de Fontainebleau es una insolente mentira. Napoleon ocupa el Portugal, y no lo partirá con nadie. Sobre el derrumbado trono de la noble casa de Braganza, levantará otro nuevo trono para un príncipe de su familia. Tal vez el mismo Joaquin Murat vaya á sentarse en él: quién sabe. Cogida en los pliegues de la red que han tendido á mi alrededor, no sé cómo salirme de ella, ni cómo dejar satisfechos mi noble cariño de madre y mi grande ambicion de muger.

Unos pasos lentos llamaron la atencion de la reina de Etruria, volvió la cabeza y se encontró con la reina madre, Maria Luisa. En la frente de esta señora, acostumbrada á dominar con absoluto poderío se veian entonces las señales del abatimiento y el dolor: y sus labios que daban órdenes parecian prontos á suplicar con las palabras mas humildes. La reina de Etruria guardó cuidadosamente el papel, se levantó y brindó á su madre un asiento.

—Siéntate á mi lado, hija mia, dijo la esposa de Cárlos IV: pues tengo que hablarte en secreto.

—V. M. puede mandarme cuanto tenga por conveniente. ¿Está V. M. mejor?

—No, Luisa mia, los continuos cuidados que me cercan y la ansiedad que es consiguiente han quebrantado mi salud. Temo á cada instante por mí, por mi marido Cárlos IV, y sobre todo por el pobre principe de la Paz.

—¿Nada se trasluce de su suerte?

—Nada se trasluce, hija mia; pero es de temer que lo asesinen ó que lo lleven al cadalso.

—Fuera horroroso.

—Sí, horroroso. Y tú pudieras hacer mucho en favor del pobre Manuel.

—¿Yo, señora?

—Tú, María Luisa.

—¿De qué manera?

—Tú mantienes correspondencia con Murat.

—Pero está reducida, señora, á interesarlo en mi favor; para que mi hijo sea puesto en posesion del reino de la Lusitania septentrional: para remediar lo que han hecho el rey Cárlos IV, mi padre, y el pobre principe de la Paz.

—No le guardes rencor, María Luisa: es

muy desgraciado, hija mia; y debemos compadecerlo. Mas exijo de tí, mas exijo: quiero que trabajes en su favor.

—¿De qué manera?

—De una muy facil, interesándote con Murat.

La reina de Etruria miró muy atentamente á su madre, se quedó un tanto pensativa y guardó profundo silencio.

—¿No me respondes, María Luisa? preguntó la reina de España.

—Estoy meditando, señora, sobre cuanto acabais de decirme, y veo que mi intercesion valdrá poco para con el gran duque de Berg.

—¿No quieres interceder?

—Señora, haré cuanto V. M. me mande, pero encuentro un medio mas facil de conseguir buen resultado.

—Dimelo, Luisa.

—Que V. M. misma escriba al principe Murat.

—¿Yo misma?

—No encuentro ningun inconveniente: y si lo hiciera tambien mi padre tendria mas prontos resultados.

—¿Y no menguaremos, hija mia, nuestro decoro de monarcas escribiendo á un príncipe, que al fin.....

—Es cuñado del emperador de los franceses.

—Tienes razon.

—Por lo demas yo no aconsejo á V. M. que comprometa su decoro ni menos el del rey mi padre.

—¿Y el pobre Manuel?

—El pobre Manuel sufrirá el castigo que le imponga su enemigo Fernando VII.

—Cállate , Luisa: es imposible que yo le abandone á su suerte. Escribiré al príncipe Murat, al emperador, á todo el mundo.

Haré tambien que escriba Cárlos, y suplicaremos los dos que en cambio de nuestras coronas nos dejen á nuestro único amigo.

—Señora, medítadlo antes.

—No necesito meditarlo. El pobre príncipe de la Paz está en manos de sus enemigos; pueden matarlo y yo no quiero que su sangre, Luisa, se derrame.

Hubo un momento de silencio ; las dos reinas se contemplaron, y la madre continuó.

—¿De qué medios me valdré , hija mia, para que lleguen nuestras cartas á manos del príncipe Murat?

—Yo misma las remitiré acompañadas de una mia.

—¿Tienes medios seguros , Luisa?

—Los mismos que empleo para mí.

—Pues voy al cuarto de tu padre y antes de una hora volveré.

La reina de Etruria quedó sola y de nuevo se sumerjió en profundas meditaciones. Su madre se habia adelantado á prevenir su pensamiento, y ponía en sus manos un arma de dos filos para todos muy importante. Hizo las mismas reflexiones que habia hecho antes de la entrada de su madre, y esta se presentó de nuevo cuando dudaba todavía.

—¿He tardado mucho? dijo entrando.

—No. V. M. manifiesta el grande interés que se toma.

—Muy grande, María Luisa; inmenso. Aquí traigo mi carta abierta, escúchala con atencion.

La reina madre la desdobló y leyó con voz agitada.

Aranjuez 22 de marzo de 1808.

» Señor mi querido hermano: yo no tengo mas amigo que V. A. I. El rey mi amado esposo os escribe implorando vuestra amistad. En ella está únicamente nuestra esperanza. Ambos os pedimos una prueba de que sois nuestro amigo, y es la de hacer conocer al emperador lo sincero de nuestra amistad y del afecto que siempre hemos profesado á su persona, á la vuestra y á la de todos los franceses.

» El pobre príncipe de la Paz que se halla encarcelado y herido por ser amigo nuestro, apasionado nuestro y afecto á toda la

»Francia, sufre todo por causa de haber de-  
 »seado el arribo de vuestras tropas y haber  
 »sido el único amigo nuestro permanente.  
 »El hubiera ido á ver á V. A. si hubiera teni-  
 »do la libertad, y ahora mismo no cesa de nom-  
 »brar á V. A. y de manifestar deseos de ver  
 »al emperador.

»Consíganos V. A. que podamos acabar  
 »nuestros dias tranquilamente en un pais con-  
 »veniente á la salud del rey (la cual está de-  
 »licada como tambien la mia) y que sea esto  
 »en compañía de nuestro único amigo que  
 »tambien lo es de V. A.

»Mi hija será mi intérprete, si yo no lo-  
 »gro la satisfaccion de poder conocer personal-  
 »mente y hablar á V. A. ¿Podriais hacer es-  
 »fuerzos para vernos de noche ó como qui-  
 »sierais?

»Espero que V. A. conseguirá para nos-  
 »otros lo que deseamos, y que perdonará  
 »las faltas y olvidos que haya cometido yo en  
 »el tratamiento, pues no sé donde estoy, y de-  
 »beis creer que no habrán sido por faltar á  
 »V. A. ni dejar de darle seguridad de toda mi  
 »amistad.

»Ruego á Dios guarde á V. A. I. muchos  
 »años. Vuestra mas afecta.—Luisa.» (1)

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810. Nellerto, memorias  
 T. 2.

—¿Qué te ha parecido, María Luisa? preguntó á la reina de Etruria.

—Bastante espresiva, madre mia. ¿Pero y la carta de mi padre?

—No le deja escribir la gota.

—Es preciso que haga un esfuerzo.

—Lo hará: escribe tú al gran duque y Cárlos pondrá una posdata.

La reina de Etruria tomó papel é inmediatamente escribió.

»Aranjuez 22 de marzo de 1808.

»Señor mi hermano: acabo de ver al edecan comandante, quien me ha entregado  
»vuestra carta, por la cual veo con mucha pena que mi padre y madre no pueden tener  
»el gusto de veros, aunque lo desean eficazmente, porque toda su confianza la tienen puesta en vos, de quien esperan que podreis contribuir á su tranquilidad.

»El pobre príncipe de la Paz, cubierto de heridas y contusiones está decaído en la prision, y no cesa de invocar el terrible momento de la muerte. No hace recuerdo de otras personas que de su amigo el gran duque de Berg, y dice que este es el único en quien confía que le ha de conseguir su salud.» (1)

La reina de Etruria suspendió su carta y la entregó á la reina madre; esta la leyó re-

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810.

petidas veces, y devolviéndola á su hija la dijo.

—Bien, María Luisa; bien, muy bien: te portas generosamente. ¿Pero á quién llamas, hija mia, edecan comandante?

—Haga V. M. venir aqui al rey mi padre y les explicaré.....

—Voy al punto.

La reina madre se alejó, y la de Etruria salió tambien en direccion de su oratorio. Aplicó entonces á su puerta una llavecita que guardaba, y abriéndola con precaucion dijo al edecan del gran duque.

—Señor comandante, seguidme.

El comandante obedeció, encaminándose los dos al gabinete de la reina. Al entrar en él tambien lo hacian Carlos y su esposa: unos y otros se detuvieron en el umbral, mas la reina de Etruria dijo.

—Señor comandante, os presento al rey y á la reina mis padres.

Y dirigiéndose luego á los reyes añadió.

—Presento á VV. MM. un edecan del invicto gran duque de Berg.

El nombre de Murat gozaba de una reputacion grandísima y la esposa de Carlos IV tenia vivísimo interés en ganarlo para su causa: por esta razon poderosa acojió al edecan del gran duque con extraordinario agasajo,

preguntándole por el príncipe con vivas muestras de interés. El edecan correspondió á los reyes con gran respeto, y hablaron luego de negocios. Pasados algunos momentos la reina preguntó á su hija.

—¿Has terminado, María Luisa, tu carta para el noble príncipe?

—Voy á terminarla, señora.

—Hazlo pronto: dijo Cárlos IV. Voy á poner una posdata, porque los dolores de la gota no me permiten ser mas largo.

Se acercó la reina de Etruria á una mesa y continuó su carta asi.

»Mi padre, mi madre y yo hemos hablado  
»con vuestro edecan comandante. El os lo dirá  
»todo. Yo fio en vuestra amistad, y que por  
»ella nos salvareis á los tres y al pobre preso.

»No tengo tiempo de deciros mas: confio  
»en vos. Mi padre añadirá dos líneas á esta  
»carta: yo soy de corazon, vuestra afectisima  
»hermana y amiga.— María Luisa.» (1)

Asi que concluyó la reina, presentó la pluma á Cárlos IV, que escribió con mucho trabajo la siguiente posdata.

»Señor y muy querido hermano: habiendo  
»hablado á vuestro edecan comandante é in-  
»formado de todo lo que ha sucedido, yo os

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810. Memorias de Nellerto, tomo 2.º

»ruego el favor de hacer saber al emperador  
 »que le suplico disponga la libertad del po-  
 »bre príncipe de la Paz, quien solo padece  
 »por haber sido amigo de la Francia, y asi  
 »mismo que se nos deje ir al pais que mas  
 »nos convenga llevándonos en nuestra compa-  
 »ñía al mismo príncipe. Por ahora vamos á  
 »Badajoz: confio recibir antes vuestra respues-  
 »ta, caso de que absolutamente carezcáis de  
 »medios de vernos, pues mi confianza solo está  
 »en vos. Mientras tanto, yo soy vuestro muy  
 »afecto hermano y amigo de corazon.—  
 »Cárlos.» (1).

El rey terminó su posdata y la reina cogió la pluma para interlinear en su carta el siguiente renglon:

«El comandante edecan de V. A. contará todo lo que hemos dicho.»

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810. Memorias de Neller-to, tomo, II.

Estas cartas precedieron al informe del general Monhion, que ya conocen mis lectores: causa dolor que tres cabezas coronadas se doblasen humildemente ante un general extranjero. Si el condestable de Borbon hubiera levantado la frente, y considerado un momento la humillacion de su familia, el condestable de Borbon hubiera corrido á ocultarse bajo la losa del sepulcro, ya que no podia prestar su espada al hijo de Cárlos III. Felipe V, aunque francés y elevado al trono de España por los colosales esfuerzos de su abuelo el gran Luis XIV, se hizo español de corazon y mas de una vez quiso influir en la política de la Francia en vez de someterse á ella. Fernando VI, ya español de corazon y nacimiento, rechazó con ánimo fuerte las apremiantes exigencias de la Inglaterra y de la Francia, teniendo la

La reina de Etruria cerró con mucho esmero las dos cartas, puso su sello sobre el nema y entregó el pliego al edecan del principe gran duque de Berg. Reiteraron los reyes padres sus protestas de amor y respeto al emperador y á Murat, y el comandante se despidió muy satisfecho del buen éxito que su mision habia tenido.

La reina de Etruria le condujo por corredores escusados hasta la escalera de palacio y al despedirse de él le dijo.

—Referid al principe Murat cuanto he trabajado en su obsequio, asegurándole que siempre me hallará dispuesta á servirle.

balanza en fiel entre estas potencias rivales, aumentando nuestra marina y derramando en el pais una prosperidad creciente que hacia á la España formidalle á los ojos de las naciones. Subió al trono Carlos III con resentimientos que vengar y firmó *el pacto de familia*: este tratado debia traer mil compromisos á la España; pero al menos Carlos III procuraba dar nuevo brillo á su poderosa dinastía y abatir un poco la arrogancia de la señora de los mares. Mas desgraciado Carlos IV y olvidándose de los deberes que su dignidad le imponia, siguió primero el carro triunfal de Bonaparte, se asoció á sus planes ambiciosos con detrimento de sus hijos; lo suplicó despues como á un señor, y concluyó por entregarle su pueblo como un virebano. Pero para gloria de España la dignidad que faltó al rey supo tenerla la nacion.

---

---

## CAPITULO VI.

---

### La reina de Etruria.

Habian trascurrido dos dias desde la entrada de Fernando sin ostensibles novedades. Murat permaneci6 alejado de la corte del nuevo rey y el embajador de Francia, Beauharnais, imitaba el mismo desvicio; pero su conducta chocaba mas porque habia pasado en otro tiempo por decidido partidario del entonces principe de Asturias.

El gran duque de Berg, se hallaba recostado sobre un sofá, á pocos pasos de distancia y de pie estaba el travieso Duradin. Murat echó una investigadora ojeada á lo largo de la habitacion y dijo al *cicerone*,

—Acercaos. ¿Qué noticias tenemos?

—Muchas.

—Irmelas diciendo por orden.

—¿De cuál de las dos las doy primero á V. A. I. y R?

—De la manola.

—La manola se llama Dolores.

—Dolores.

—Vive en el Avapies.

—Avapies.

—Y tiene un amante.

—¡Un amante! ¿Decidme el nombre?

—Manuel.

—Su apellido, sus señas.

—No puedo darlas, monseñor; ni he procurado conocerle, porque no creí que interesaba á V. A.

—Duradin no os dije que tendria celos de cualquier amante de Dolores?

—No lo recordaba, monseñor.

—La manola tiene un amante.

—Tendremos que luchar ahora con un inconveniente mas, pero saldremos vencedores.

—¿Con qué medios contais?

—Con uno poderosísimo, monseñor. Cuento con una vieja bruja.

—¿Creis en malas artes?

—No creo; pero estimo en mucho la astucia de una viejecilla codiciosa.

—Poco lograremos con ella.

—Oídme un instante, monseñor, y V. A. juzgará.

El gran duque prestó atención, y Duradin empezó á contarle cuanto habia sucedido con la vieja, y ya saben nuestros lectores.

—Pero su amante, dijo Murat, estorbará nuestros intentos.

—Ese amante perderá con ella enteramente su prestigio, con la infidelidad que la vieja la contó echándola las cartas. Además tiene V. A. mil medios para alejarlo de Dolores.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar un asesino.....

—¡Un asesino! ¡Vive Dios que no conocéis á Murat! exclamó el gran duque levantándose, y sacudiendo á Duradin con extraordinaria violencia.

—¡Perdon! exclamó el *cicerone*, que ya se daba por difunto, y el gran duque de Berg le arrojó á algunos pasos de distancia.

—Señor... murmuró Duradin, acercándose algunos pasos.

—Nada teneis ya que decirme: nuestras relaciones estan rotas.

—¿Qué tiene que ver Joaquin Murat con mercaderes de asesinos?

El rostro del gran duque de Berg radiaba con una hermosura que no habia tenido has-